

Analfabetismo medieval

ERNESTO PRIANI

(Profesor del Colegio de Filosofía)

EN EL CURSO de Filosofía política sobre justicia, equidad y exclusión que se ha venido impartiendo este semestre en nuestra Facultad, después de una larga discusión entre sus participantes y coordinadores, se tomó la decisión de no contemplar a san Agustín ni a santo Tomás en la evaluación final. Desconozco los detalles de la discusión y las razones de la decisión, pero el hecho me hizo ponderar de nueva cuenta algo de lo que estoy convencido desde hace tiempo: los filósofos ponemos un empeño excepcional en cultivar nuestro analfabetismo medieval.

La cuestión no tendría mayor trascendencia si no fuera porque ello lleva implícito el rechazo a toda la tradición cristiana de la que ha estado constituido el pensamiento de Occidente. A fin de cuentas, nuestra tradición filosófica es tan griega como cristiana, y Occidente mismo no podría entenderse hoy sin su cristiandad. Y, por supuesto, me resulta completamente paradójico que perteneciendo a un país que sigue siendo un “bastión” de la cristiandad, hagamos como si ésta nunca hubiera existido.

Reconocer el legado y la discusión de la filosofía cristiana no significa ni contraer la fe ni emprender una suerte de *mea culpa* hasta sorprenderse a uno mismo yendo a misa en domingo. En realidad se trata, simple y llanamente, de dar cuenta de algo que, de suyo, es un hecho: que dentro de las formas mismas con las que está constituido nuestro pensamiento, se encuentran muchas conformadas a lo largo de más de diez siglos de cristiandad medieval y cuya ignorancia debería ser considerada al menos tan grave, como aquella con la que condenaríamos la ignorancia de la Antigüedad clásica o la Modernidad.

Es cierto que al amparo de los prejuicios de la ilustración y de la militancia anticristiana de las últimas décadas del XIX y de buena parte del XX, se ha estigmatizado el pensamiento cristiano y el pensamiento medieval, hasta casi convertirlo en una suerte de mazmorra donde yacen todos los errores y todas las condenas. Pero al inicio del siglo XXI deberíamos ser capaces de reconocer, con una distancia crítica, que eso ya no nos sirve de mucho para discutir hoy desde los fundamentos de nuestra ética hasta la dirección y el sentido de nuestra vida política.

Hay que entender como una vuelta de tuerca, el que al menos dos de las grandes discusiones contemporáneas nos devuelvan a la cristiandad y al Medioevo. Pues así como la polémica suscitada por la investigación en células madre (stem cell) en México y en Estados Unidos ha dado un espacio importante en la discusión a posiciones que claramente se sustentan en un pensamiento cristiano; el discurso del papa Benedicto XVI en Ratisbona, donde citó a Manuel Paleólogo, puso los argumentos medievales y la historia misma del Medioevo como marco para entender el enfrentamiento actual entre ciertos grupos islámicos y Occidente.

Así las cosas, e incluso con la tontería del ex presidente español José María Aznar, de pedir al Islam disculpas por la invasión y el posterior dominio de España, Occidente mismo parece buscar en los fundamentos de la cristiandad y del Medioevo, la identidad para enfrentar, al menos, una exploración y una convivencia global que aceleradamente se está transformando y nos transforma.

¿Tiene sentido entonces seguir cultivando nuestro analfabetismo medieval? ♦